



EL OBISPO DE TORTOSA

¿QUIÉN NOS SEPARARÁ DEL AMOR DE CRISTO?

Hemos celebrado el quinto domingo de esta Cuaresma tan especial que estamos viviendo este año. En el texto evangélico de la Eucaristía de hoy hemos escuchado la narración de la resurrección de Lázaro, un acontecimiento en el que el Señor deja entrever su poder sobre la muerte, que se revelará plenamente cuando resucite de entre los muertos y nos manifieste plenitud de vida a la que Dios nos llama a todos. Esta esperanza no nos lleva, sin embargo, a restar importancia al sufrimiento de los que pasan por la prueba del dolor.

Jesús -nos dice el evangelio de hoy- lloró por la muerte de su amigo e hizo suyo el sufrimiento de Marta y María. Cada día las autoridades nos ofrecen datos actualizados del número de contagiados, fallecidos y curados. Mientras no los conocemos, lo podemos escuchar como un dato estadístico más de los que cada día nos informan los medios de comunicación. Seguramente en estos momentos muchos de nosotros ya conoceremos a algún afectado por esta pandemia, e incluso a algún difunto. Ahora sentimos más de cerca la situación. Jesús nos enseña en el evangelio de hoy a no ser insensibles al sufrimiento de nadie, aunque se trate de personas que no conocemos, porque también son hermanos nuestros. Creer que Jesús el Hijo de Dios que tenía que venir al mundo y que es la Resurrección y la Vida, no nos debe llevar a banalizar el dolor que conlleva la cercanía del sufrimiento y de la muerte. Por ello os quiero invitar a que nos acordemos en la oración de quienes más sufren estos días.

Una pandemia como esta provoca muchos interrogantes, tanto en los creyentes como en los no creyentes: ¿Qué significa todo esto? ¿Tiene la fe una palabra que decir? La respuesta a estas preguntas no es fácil. La fe no nos da una respuesta racionalmente clara al porqué del sufrimiento y la muerte, que elimine la angustia que nos provoca, sino que nos conforta y nos da la gracia de poder vivirlo con esperanza. La experiencia de la muerte y el sentido del sufrimiento es seguramente la cuestión más difícil para la fe. Por ello debemos evitar las explicaciones simplistas, tanto de aquellos que -ante lo que está ocurriendo- encuentran nuevas razones para no creer, como las de



EL OBISPO DE TORTOSA

quienes tienen la tentación de buscar respuestas de carácter apocalíptico, como si estuviéramos ante un castigo de Dios o una advertencia dirigida a un mundo cerrado a su Palabra y lleno de maldad. A Dios se le encuentra, ante todo, en los signos y acontecimientos de la vida de cada día en los que se vislumbra su bondad y su belleza.

La fe tampoco nos da una clave que nos permita interpretar con certeza el sentido de los acontecimientos concretos que suceden en la historia: no nos clarifica por qué ocurre una catástrofe natural en un lugar y no en otro; ni el motivo por el que unas personas mueren un día en un accidente; ni, en el caso que estamos viviendo, por qué sucede esta pandemia que parece algo increíble en una cultura científica y técnicamente tan avanzada como la nuestra. El sentido de cada acontecimiento concreto lo entenderemos cuando llegemos a la Patria definitiva a la que Dios nos llama. Entonces veremos con claridad. Mientras caminamos por este mundo, andamos a tientas, guiados por la luz de la fe, que nos hace ver las cosas “como en un espejo” (1 Corintios 13, 12) y que nos da la fuerza para confiar en Dios, incluso cuando no vemos con claridad el sentido de lo que ocurre, o cuando parece que el Señor no escucha nuestras súplicas. En estas situaciones nos da la certeza de que, si esto sucede, es porque quiere darnos bienes mayores.

En el camino de la vida el creyente es guiado por tres certezas. La primera es que el Señor está cerca de los que sufren, hasta el extremo de hacer suyo el dolor de la humanidad en su Hijo Jesucristo, convirtiendo de este modo el sufrimiento en una ocasión para estar más cerca de Él. En segundo lugar el creyente no debe olvidar que no hay nada que nos pueda separar del amor de Dios “manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Romanos 8, 39). Esto significa que los acontecimientos que estamos viviendo, ni ningún otro que nos pueda ocurrir, deben ser interpretados en el sentido de que Dios ha dejado de amarnos. Esto nos lleva a otra convicción que nos debe acompañar siempre: “a los que aman a Dios todo les sirve para el bien” (Romanos 8, 28), es decir, para el bien más grande que alguien pueda llegar a descubrir en esta vida, que no es otro que la amistad con Dios. Quien vive desde estas convicciones no pierde la paz.

Por ello la actitud adecuada en esta situación no es preguntarse si estamos ante un castigo o una advertencia dirigida a un mundo cerrado a la Gracia. Dios habla en todos los acontecimientos de nuestra vida, en las



EL OBISPO DE TORTOSA

alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad. En todas las circunstancias, y no solo en las que estamos viviendo, cada uno de nosotros estamos llamados a entrar en nuestro interior y preguntarnos: ¿Qué quiere decirme Dios para mi vida? No tengamos la pretensión de convertirnos en jueces de nuestro mundo por lo que está ocurriendo. Vivamos en la humildad de cuestionarnos cada uno de nosotros que tal vez algo tiene que cambiar en mi vida.

El próximo domingo, con la celebración del Domingo de Ramos en la Pasión del Señor, iniciamos la Semana Santa. Otros años la bendición de las palmas y la celebración de la Eucaristía llenaban de alegría las plazas y las iglesias de nuestros pueblos y ciudades. Es un día especialmente gozoso por la numerosa participación de los niños que, acompañados por sus padres, se unen a las alabanzas que los niños hebreos dirigieron al Señor cuando entraba en la Ciudad Santa de Jerusalén para sufrir la pasión y dar la vida por nosotros. Este año todo será distinto. Os invito a alabar al Señor en vuestras casas; a recordar su pasión siguiendo la celebración de la Eucaristía a través de los medios de comunicación social, a quienes hemos de agradecer el inmenso bien que estos días hacen al Pueblo de Dios; a tener un momento de oración en familia y a vivirlo como un día de alegría porque la Victoria del Señor está cerca.

Que la Santísima Virgen María a quien Santa María Rosa Molas nos enseñó aquí en nuestra diócesis a venerar como Madre de la Consolación, sea consuelo para quienes estos días están pasando por la prueba del dolor.

Con mi bendición y afecto.

+ *E. Benavent*

Ob. de Tortosa

+ Enrique Benavent Vidal
Obispo de Tortosa.

Tortosa, 29 de marzo de 2020.